

NAPOLEON EN LA QUIMICA FORENSE

Ismael Soto López *



El 14 de octubre de 1961 apareció publicado un artículo en la revista científica inglesa *Nature*, escrito en colaboración por tres autores: Sten Forshufvud, odontólogo sueco; Hamilton Smith, investigador del Departamento de Medicina Forense de la Universidad de Glasgow, Escocia; y Anders Wassén, toxicólogo sueco. Estos autores detallaban los resultados de una prueba analítica del pelo que perteneció a Napoleón, en la que se demostraba que este gran personaje histórico había sido víctima de un asesinato usando arsénico como veneno. Hasta entonces, todos los datos concluían que el Gran Corso había muerto por cáncer en el estómago durante su destierro en la isla de Santa Elena en 1821.²

Inmediatamente surgieron las preguntas planteadas por los escépticos: ¿Por qué nadie antes había hecho el diagnóstico? ¿Por qué no se sospechó inmediatamente del envenenamiento? ¿Cómo saber si los cabellos pertenecieron al emperador? ¿Cómo fue perpetrado el envenenamiento? ... Para poder contestar a tales cuestiones fue necesario tener en cuenta los detalles históricos del caso.

A la hora del crepúsculo del día 5 de mayo, el emperador suspiró, cesaron las pulsaciones. Napoleón había muerto. Louis Marchand, de treinta años, había recibido la orden directamente de Napoleón: "Después de mi muerte, quiero que abráis mi cuerpo." Por lo tanto, el médico se dispuso a efectuar la autopsia la tarde siguiente.⁴

*Escuela de Ciencias Químicas, Departamento de Química Inorgánica, Ciudad Universitaria, 72570, Puebla, Pue.

La operación se llevaría a cabo en el salón de billar, por ser el recinto más amplio y de mejor iluminación de Longwood House, la espaciosa y lóbrega residencia en que habían vivido Napoleón y su séquito en Santa Elena. Llevaron allí el cadáver desnudo del Corso y lo colocaron sobre una sábana extendida en la mesa.⁴

La necropsopía sería un acontecimiento de profundas repercusiones políticas. ¿Por qué un hombre de vigor físico y vitalidad legendarios había muerto a temprana edad (51 años)? Napoleón se había ido debilitando poco a poco durante sus años de exilio, y la causa de su mala salud se había convertido en una enconada controversia entre los desterrados franceses y sus guardianes ingleses. Los primeros culpaban al clima de Santa Elena

y acusaban al gobierno inglés de haber enviado a Napoleón a ese lugar a propósito, para que allí muriera. El gobernador inglés de la isla, Hudson Lowe, temía tanto que se le acusara a él o a su gobierno de cualquier cosa, que había ordenado someter a corte marcial a un médico inglés por haber diagnosticado que Napoleón padecía de hepatitis, pues tal enfermedad podría achacarse al medio insalubre de la isla.

Ocho médicos presenciaron la autopsia. Siete eran ingleses; y todos estaban conscientes de las implicaciones políticas de lo que se descubriera. El octavo, Francesco Antommarchi, era de Córcega, de 31 años y había sido médico de cabecera del emperador los últimos diecinueve meses. Antommarchi, a solicitud de su paciente, debería

hacer la autopsia; los ingleses asistirían en calidad de observadores.

Al terminar la operación, los ocho médicos no estuvieron de acuerdo sobre la causa de la muerte. Elaboraron cuatro informes distintos. En lo único que coincidieron fue en la úlcera péptica presente. Antommarchi la calificó de algo así como "cancerosa"; los ingleses encontraron "porciones cirrosas" (duras, posibles indicios de cáncer). Esto dio pie a la creencia, mucho tiempo aceptada, de que Napoleón había muerto de cáncer en el estómago, aunque ninguno de los médicos lo confirmó. Tal dictamen liberaría a Hudson Lowe y a los ingleses de toda responsabilidad.

El informe que firmaron los médicos ingleses consignaba que el hígado estaba "más grande de lo normal". Esto era precisamente lo que Hudson Lowe no quería oír: el hígado enfermo apoyaría la teoría de que la muerte de Napoleón era consecuencia de los factores adversos de Santa Elena. El gobernador pidió a los galenos ingleses que quitaran del informe esa declaración ofensiva. Accedieron aunque de mal grado. Pero uno de ellos, una vez afuera de la isla, escribió la verdad del asunto.¹

Tres días después, el 9 de mayo de 1821, Napoleón fue sepultado en un valle de Santa Elena, y al cabo de dieciocho días sus compañeros de exilio se embarcaron con destino a Inglaterra. Tras 59 días de navegación, Louis Marchard, nombrado uno de los albaceas testamentarios del Corso, se reunió con los otros dos: el conde Henri Gratien Bertrand, que años antes había sido gran mariscal del palacio de Napoleón, y el conde Charles Tristan de Montholon para poder dar lectura al testamento. Montholon y Bertrand eran los únicos oficiales que habían acompañado a Napoleón durante todo el exilio.¹

Aparte de mandar repartir todas las posesiones personales del emperador, el testamento representaba un arma política. "Muero prematuramente", escribió el testador,

DESCRIPTION
DE L'ÉGYPTE,
OU
RECUEIL
DES OBSERVATIONS ET DES RECHERCHES
QUI ONT ÉTÉ FAITES EN ÉGYPTE
PENDANT L'EXPÉDITION DE L'ARMÉE FRANÇAISE.
PUBLIÉ
PAR LES ORDRES DE SA MAJESTÉ L'EMPEREUR
NAPOLÉON LE GRAND.
ANTIQUITÉS. PLANCHES.
TOME PREMIER.



A PARIS,
DE L'IMPRIMERIE IMPÉRIALE.

M. DCCC. IX.





Napoleón en su lecho de muerte, por Steuben.

“asesinado por la oligarquía inglesa y su asesino a sueldo.”²

Louis Marchand fijó su residencia en Auxerre. Como ayuda de cámara principal del emperador, tenía varios deberes que cumplir por encargo de su amo. En su baúl había unos cabellos rasurados de la cabeza del cadáver de Napoleón. Marchand puso los mechones en medallones de oro, que envió a los muchos miembros del clan Bonaparte. Para tener la certeza de que ningún cabello fuera sustituido, hizo que todo ese trabajo se realizara en su propia casa. Se reservó un mechón para él mismo, y posteriormente lo legó a su hija, junto con sus *Memorias* inéditas.

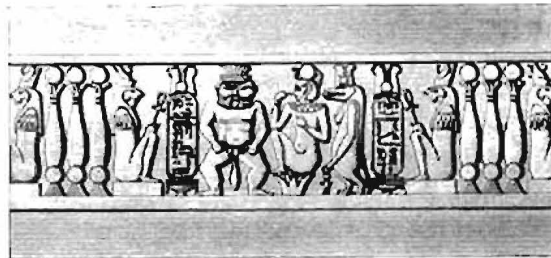
En el otoño de 1955 el odontólogo Sten Forshufvud leía las *Memorias* de Louis Marchand, el último relato publicado de testigos presenciales de la vida en Santa Elena. Marchand escribió esas memorias únicamente para su hija,

con el propósito, como lo dijo el ayuda de cámara, de “enseñarte lo que el emperador significaba para mí”. Sólo hasta muy entrado el siglo XX, el nieto de Marchand, hijo único de la hija de éste, autorizó que se publicaran las *Memorias*.¹

En su lectura, Forshufvud llegó al relato, día con día, de Marchand, correspondiente de enero a mayo de 1821, últimos meses de la vida del emperador. El escritor contaba en sencillas y convincentes palabras cómo se sentía Napoleón determinado día; cómo describía el enfermo sus síntomas; qué había comido esa fecha; cómo había reaccionado; en qué forma había respondido a los medicamentos que se le daban. Marchand refería que Napoleón pasaba de la somnolencia al insomnio, en forma alternada; que tenía hinchados los pies y se quejaba: “las piernas no me sostienen”. Luego, en los días postreros, Mar-

chand describía las reacciones del agonizante a la secuencia de fármacos que le habían administrado. Forshufvud empezó a intuir una pauta constante. ¿Había sido envenenado? Al parecer, no pudo haberse hecho con una sola dosis mortífera: la prueba de ello habría salido a relucir en la autopsia o en las descripciones de los testigos. Pero, ¿qué tal si se le hubiera dado una muerte lenta, que se prolongara varios meses o años, por medio de dosis repetidas de veneno, el cual en la época de Napoleón muy probablemente sería el arsénico?⁴

La pauta se aclaró: somnolencia e insomnio alternos, pies hinchados, fatiga constante, hígado hipertrofiado. Todos estos síntomas son típicos del envenenamiento crónico por ingestión de arsénico. Este tóxico fue muy utilizado en Francia durante los siglos anteriores a la era napoleónica, resultaba virtualmente imposible diagnosticar



el envenenamiento arsenical crónico, porque sus síntomas son semejantes a los de muchas enfermedades comunes. Si se administraban otras medicinas —sobre todo tártaro emético y calomel—, se podría causar la muerte sin que se advirtiera vestigio alguno de arsénico en el estómago de la víctima, en el caso de que se le hiciera la autopsia. En sus últimos días, sin lugar a dudas, se había administrado a Napoleón tártaro emético y calomel (mezcla de sales

de calcio y potasio del ácido tartárico y sales de mercurio respectivamente.) El problema que planteaba la teoría más común —cáncer en el estómago— era que las personas con esa enfermedad adelgazan visiblemente a medida que la enfermedad avanza, en tanto que Napoleón se volvió cada vez más obeso, casi hasta el desenlace. Se ha observado que la obesidad es característica de las víctimas de envenenamiento lento con arsénico.⁵

La isla de Santa Elena fue descubierta en 1502 por los portugueses, y en el siglo XIX era propiedad de la Compañía de las Indias Orientales; está situada a 2 800 kilómetros de la Ciudad del Cabo, Sudáfrica, a 2 900 de Sudamérica y a 6 000 de Inglaterra. La tierra más cerca está a 1 125 kilómetros: la isla de Ascensión, otro diminuto peñón volcánico, también propiedad de los ingleses, perdido en la inmensidad del Atlántico. Santa Elena, de sólo

17 kilómetros de longitud por 10.5 de anchura, tenía entonces 4 000 habitantes, incluida su guarnición. El emperador llegó a la isla el 17 de octubre de 1815, y al principio se alojó en la casa de huéspedes de William Balcombe, agente naviero. La familia Balcombe, de seis miembros, vivía cómodamente en la finca llamada The Briars, en las colinas. Años después, en Londres, Betsy Balcombe publicó su narración de los memorables días en que ella tenía 15 años y Napoleón había sido su huésped:

¡Cuán vívidamente recuerdo mis sentimientos de temor, mezclados de admiración, al contemplar por primera vez al hombre que había yo aprendido a temer tanto!

¡Jamás he visto a nadie de fisonomía tan admirable e impresionante!

Pronto surgió una insólita amistad entre el gobernante caído hacia sólo cuatro meses, en Waterloo, y la muchacha isleña. Salvando la brecha de las edades y nacionalidades.

Los oficiales y demás personas del séquito de Napoleón tenían razones para sentirse irritados por el desparpajo de la muchacha inglesa. Las relaciones de todos para con el emperador se regían por un protocolo estricto. A Napoleón se le daba siempre el tratamiento de “Vuestra Majestad”. En cambio Betsy no seguía con esas normas, y siempre se dirigía a su amigo con el nombre de “Boney” (apócope de Bonaparte).¹

Casi dos meses después de haberse instalado Napoleón en The Briars, llegó la noticia de que estaba arreglada Longwood, la residencia destinada al prisionero, situada a ocho kilómetros de ahí. Napoleón estaba jugando a la “gallina ciega” con los niños de la familia Balcombe.

Forshufvud comenzó a cotejar y relacionar los informes de la autopsia, los apuntes de Francesco Antommarchi, médico de Napoleón, y la descripción cotidiana de Louis Marchand del estado del enfermo. Concluyó el dentista sueco que en sus últimos días Napoleón había presentado no menos de 22 de su lista de 32 síntomas de envenenamiento por ingestión de arsénico.²

Durante la expedición de conquista conducida por Napoleón en Egipto, éste se hizo acompañar no sólo de cañones sino también de un grupo de científicos —ingenieros, arquitectos, filósofos naturales, etc.— que, mientras él se dedicaba a las labores de la guerra y la conquista, hicieron el compendio de las condiciones naturales y de vida egipcias. De ello resultaron veinte volúmenes, 10 de los cuales son exclusivamente de grabados, mientras los otros diez encierran su explicación. Los libros de grabados son de aproximadamente 100 páginas de 70 por 54 centímetros.

Como dijera de sí mismo. “mi talento es ver claro”. Queda en esta obra demostrado.

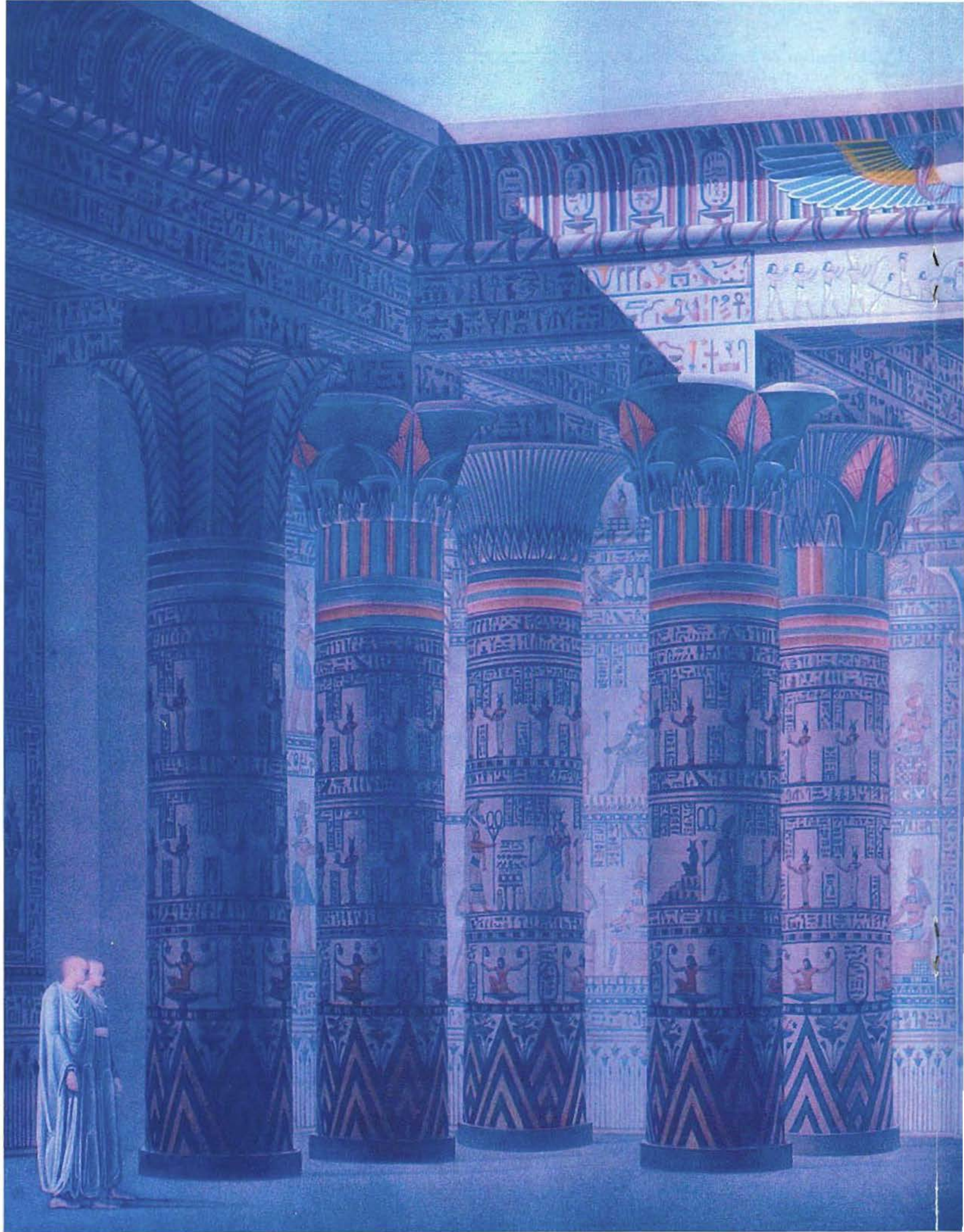
Los veinte volúmenes llevan el título general de:

Descripción de Egipto, Libro de las observaciones y las investigaciones que fueron hechas en Egipto durante la expedición de la armada francesa, publicado por el mandato de su majestad el emperador Napoleón el Grande. Impresora Imperial, París, 1809.

Traídos de París por José María Lafragua, son quizá el único juego que se conserva en nuestro país y uno de los únicos del mundo. Fueron donados por el señor Lafragua y se conservan en la Biblioteca “José María Lafragua” de la Universidad Autónoma de Puebla.

Las ilustraciones que acompañan este artículo fueron tomadas de los volúmenes dedicados, uno, a las *Antigüedades* —que sería el correspondiente al análisis arqueológico de Egipto y, dos, a la *Historia natural*, en la que se hace una extensa relación de la fauna natural de Egipto.

Mariano Morales





Sin embargo no existía ninguna prueba física. La forma lógica de obtener esa prueba era analizar los restos de Napoleón, en busca de arsénico. Pero el cuerpo del Corso había sido llevado a París diecinueve años después de muerto, y yacía en su gran tumba de Los Inválidos, bajo 35 toneladas de pulidísimo mármol pórfito. Quedaba sólo otra oportunidad: el pelo de Napoleón.

El método de los cabellos analizados se había practicado desde hacía varios decenios. Sin embargo,

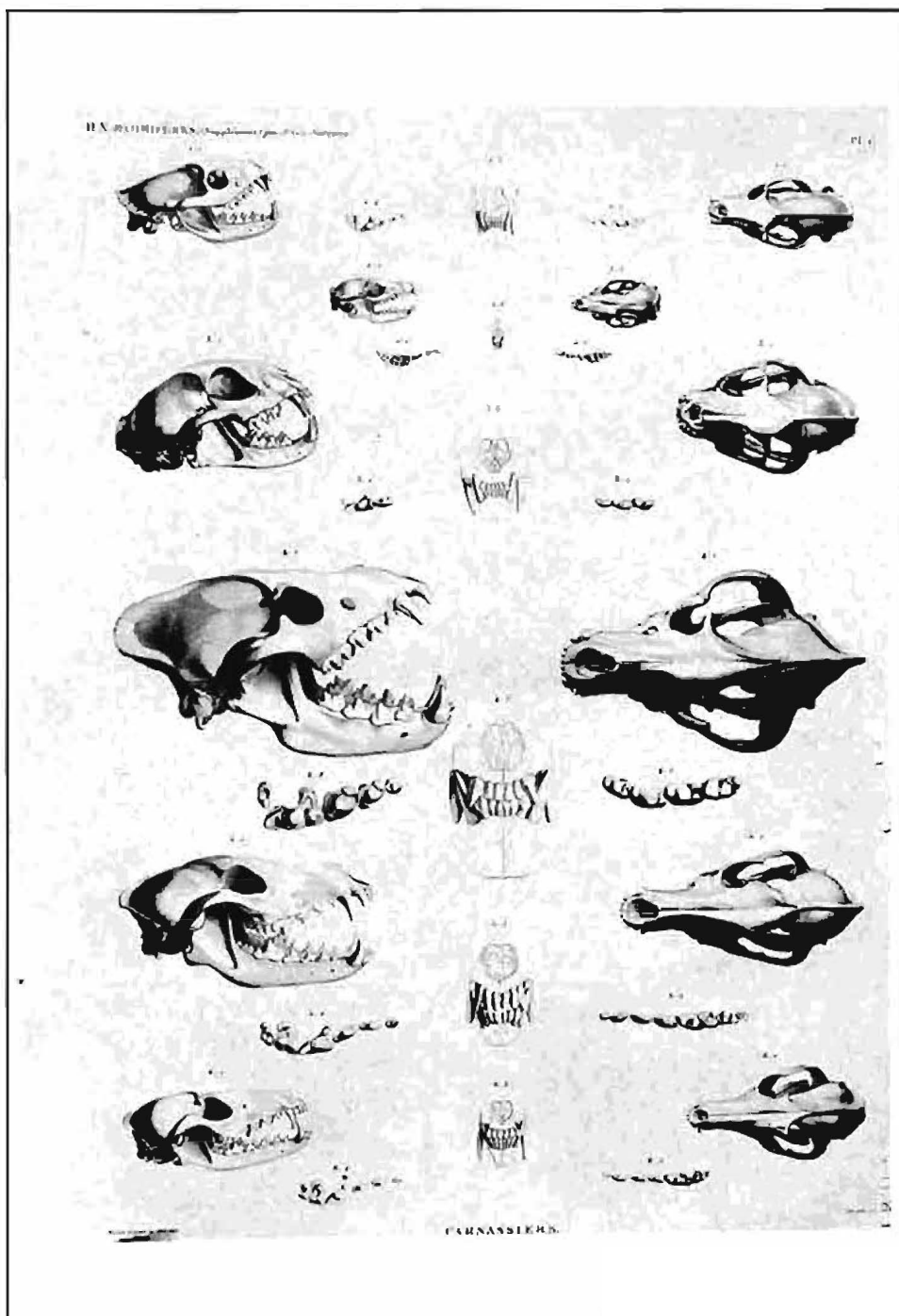
para tal propósito se requería de un número relativamente grande de cabellos: cinco gramos o aproximadamente 5 000 filamentos. ¿Dónde encontrar tal cantidad de muestra?

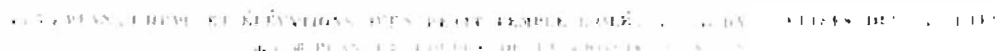
En 1959, en el *Journal of Analytical Chemistry* se publicó el informe de un nuevo método para analizar los cabellos en busca de arsénico, procedimiento que requería de un solo cabello. El autor del método era el doctor Hamilton Smith, investigador del Departamento de Medicina Forense de la Universidad de

Glasgow, Escocia. Forshufvud escribió al príncipe Napoleón, heredero actual del linaje del emperador. Al cabo de varios días fue patente que el príncipe no quería recibirlo. El dentista recurrió entonces al comandante Henri Lachouque, miembro de la junta directiva del Museo del Ejército de Los Inválidos y editor de las *Memorias* de Louis Marchand. En la casa del comandante, en Montmartre, Forshufvud esbozó su teoría y expuso el método de H. Smith para detectar arsénico por medio de la absorción atómica. Solicitó un cabello de Napoleón, y de una caja del museo, de entre las reliquias sacó un sobrecito blanco, y en él, escrito de puño y letra de Louis Marchand decía: *Les cheveux de L'Empereur* ("Los cabellos del Emperador"). Contenía un mechón del pelo afeitado a Napoleón al día siguiente de su muerte. El pelo era sedoso, de color castaño rojizo. Con ayuda de unas pinzas extrajeron un solo cabello de entre las docenas que formaban el mechón, y lo colocaron en un sobre de plástico.¹

Longwood no era un lugar cómodo. Llovía gran parte del año en esa meseta, y había mucha humedad en la residencia. La ropa y las paredes se impregnaban de humedad y moho. El color azul de las paredes se deterioraba rápidamente, la pintura azul brillante probablemente fuera a base del "azul de prusia", colorante muy utilizado en esa época y fabricado a base de cianuro de hierro. El bióxido de carbono de la respiración en contacto con el agua o con la humedad reacciona fácilmente para formar ácido carbónico; este ácido en contacto con el colorante azul es seguro que desprendería ácido cianhídrico venenoso que flotaría en el ambiente cerrado de las habitaciones. Además el lugar estaba infestado de grandes ratas.⁴

Los centinelas de casacas rojas estaban apostados a corta distancia unos de otros, a todo lo largo de la muralla de piedra que cercaba a Longwood. En las alturas circundantes los vigías empleaban banderas de semáforo para avisar constante-





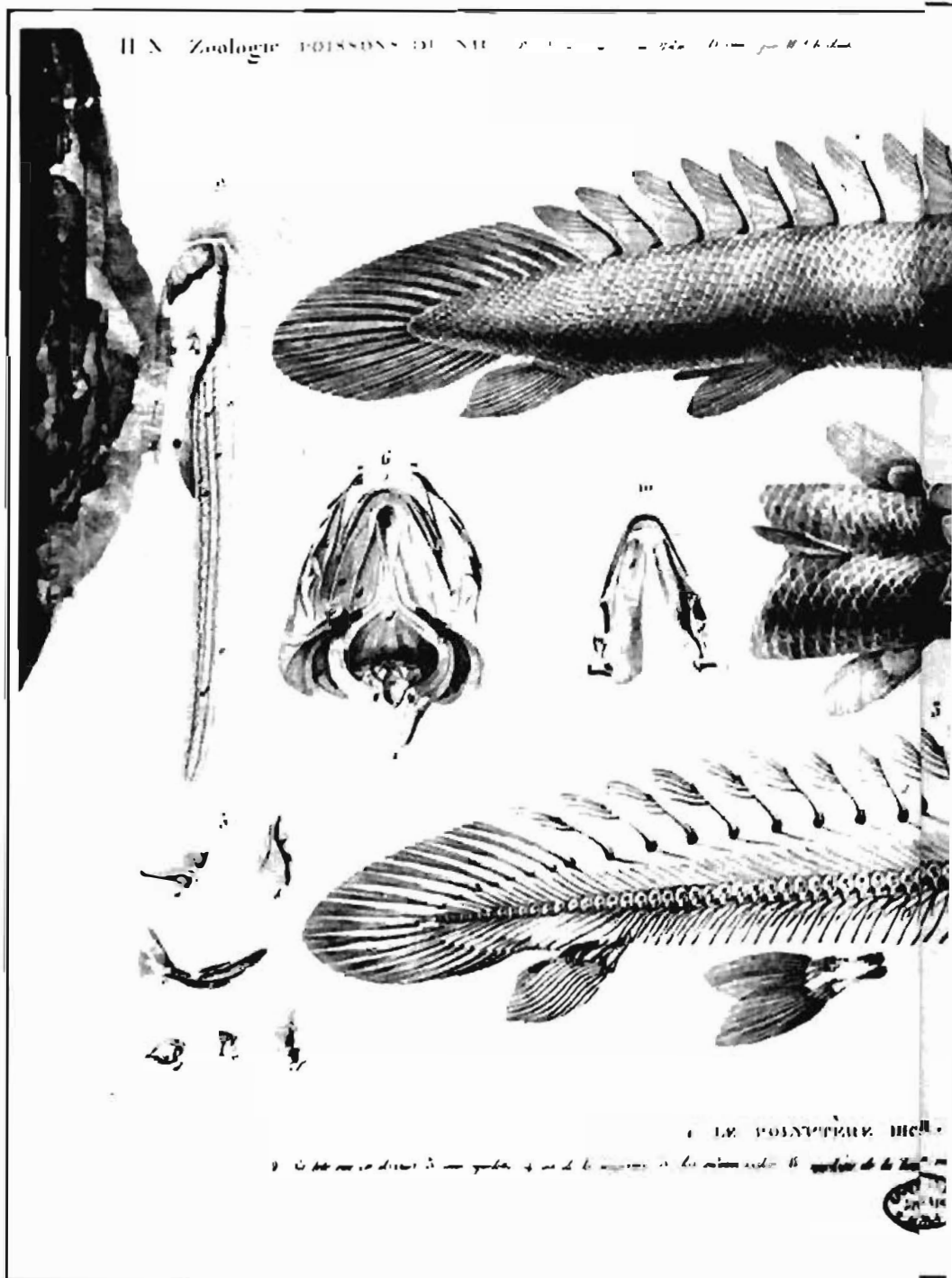
Después de visitar el laboratorio de Smith, éste le explicó a Forshuvud la técnica usada, y cómo se habría verificado en muchos estudios

y se había comprobado su exactitud. Sin embargo, por desgracia, destruía el cabello, por lo cual no era posible hacer más pruebas. Smith no sabía entonces a quién pertenecía la muestra analizada, y cuando Forshufvud se lo confió supuso que Smith pensó que los ingleses habían envenenado a Napoleón. Un británico sentiría gran recelo al ver que aquel extranjero traía a colación tan monstruoso crimen para dejarlo a las puertas de su país.

Aun así, Smith propuso un nuevo procedimiento para el análisis: tomar lecturas de sección por sección de pelo. Así, si el arsénico se hubiese absorbido en cantidad constante del medio, algo que hubiera en la habitación de la víctima por ejemplo, el análisis señalaría una cantidad constante de un tramo a otro. Si, al contrario, el arsénico hubiese penetrado en el cuerpo a intervalos, en grandes cantidades, el trazado de la gráfica sería en crestas y valles, en línea dentada. Puesto que el pelo crece a razón de 0.35 milímetros al día, sería posible calcular el tiempo transcurrido entre las crestas sucesivas de la gráfica. Las implicaciones de éstos eran importantísimas: las dosis de arsénico que Napoleón consumía podrían calcularse retrospectivamente, a todo lo largo del cabello, y después se compararían con los testimonios escritos sobre los síntomas del agonizante, día con día. Tal prueba sería irrefutable.

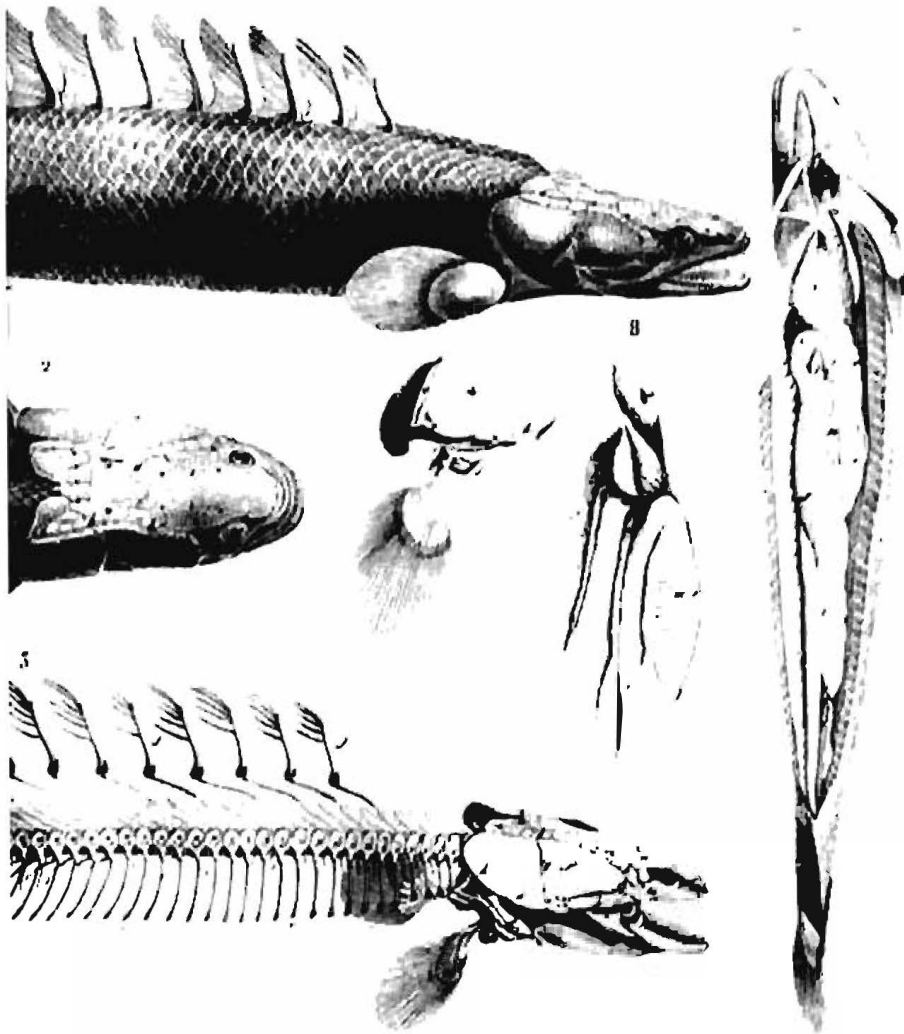
Por supuesto, se necesitaba más pelo. Lachouque en forma inesperada se negó a proporcionarlo. Seguramente los franceses habrían empezado a hacerse la pregunta que se imponía: ¿Quién fue el asesino? Sería tentador culpar a los ingleses; pero dadas las circunstancias en Santa Elena, parecía poco probable que los ingleses hubieran podido envenenar al emperador sin también matar a su séquito.¹

La conclusión era ineludible: el gran héroe de Francia había sido asesinado por un francés entre las personas más cercanas a él, perspectiva nada halagüeña para los franceses.



En 1816, en la primavera, llega el nuevo gobernador de la isla, Hudson Lowe. El pusilánime carcelero estaba aterrorizado ante la posibilidad de no poder cumplir con su tremenda responsabilidad y de que Napoleón escapara. Dictó nuevas normas de seguridad para limitar las oportunidades de Napoleón de hablar con los isleños y escribir al mundo exterior, enterado de que los desterrados infiltraban constantemente su correspondencia, burlando la censura. Redujo el área por la

que Napoleón podía andar a caballo sin guardias, y reinstauró la disposición según la cual un oficial inglés debía ver al Corso por lo menos dos veces al día. Napoleón se quejó de que "los ingleses le ocasionarían la muerte al privarlo de todo ejercicio físico". Lowe invalidó la regla de que debía ser visto por el oficial dos veces al día con sólo permanecer en sus dos habitaciones varios días consecutivos. El emperador veía cómo el estrecho círculo de sus visitantes escaseaba; además su salud



1. *POGONOTHECUM MICHIEI*.

2. *POGONOTHECUM MICHIEI*. 3. *POGONOTHECUM MICHIEI*. 4. *POGONOTHECUM MICHIEI*. 5. *POGONOTHECUM MICHIEI*. 6. *POGONOTHECUM MICHIEI*. 7. *POGONOTHECUM MICHIEI*. 8. *POGONOTHECUM MICHIEI*.

Fig. 1-8.

menguaba. En mayo, Napoleón se quejaba de gota y había dicho a O'Meara: "mis piernas se niegan a sostenerme". También sentía frío constante, y el sol le producía jaqueca. Empezaron a molestarle las encías, estaban esponjosas y pálidas, sangraban al más ligero toque.²

En las *Memorias* puede leerse que en 1820, en septiembre, la salud del Corso menguó rápidamente, hasta el fin, acaecido el 5 de mayo de 1821.

Forshufvud incorpora en una gráfica de papel milimétrico los infor-

mes del doctor Antommarchi, de Marchand y de los demás testigos presenciales. Completa, la tira tenía casi un metro de longitud. Los síntomas no aparecían distribuidos de manera uniforme en toda la tira, sino que se hallaban reunidos en grupos, entre periodos de recuperación parcial. Se comprobaba así que en aquellos siete meses Napoleón había padecido seis episodios de envenenamiento agudo con arsénico; el último en marzo. Después se repuso en abril, cuando redactó

su testamento; la enfermedad posterior se iniciaba entonces, y se prolongó por espacio de dos semanas.¹

Después de la publicación en la revista *Nature* del primer artículo en 1961, el dentista sueco recibió una llamada telefónica de un fabricante de telas suizo, Clifford Frey, quien poseía un mechón de pelo del Corso, que había pertenecido a Jean-Abraham Noverraz, el ayuda de cámara, quien rasuró la cabeza del emperador al día siguiente de su muerte. Frey tenía mucho gusto en proporcionar unos cuantos cabellos para el análisis.

Dos cabellos, uno de trece centímetros de longitud, y el otro, de nueve, eran lo bastante largos para analizarlos por tramos. Después de someterlos a radiación para la determinación con el método de fluorescencia de rayos X, se le devolvieron a Hamilton Smith, quien los fijó en papel y los cortó en trozos de cinco milímetros. A continuación determinó por absorción atómica el contenido de arsénico de cada tramo. La gráfica correspondiente al cabello más largo era una línea dentada que pasaba desde un valle de 2.8 hasta una cresta de 51.2. El arsénico del cabello más corto variaba, desde 1.06 hasta un máximo de 11.0. En total, Smith hizo 140 pruebas con los cabellos. Las gráficas constituyeron la prueba física de que Napoleón no habría muerto en forma accidental por una fuente de arsénico en el medio que lo rodeó.³

Forshufvud sacó la tira de su tem-pograma, compuesta al pegar con cinta adhesiva diversas hojas, y la extendió. Con la gráfica de Smith calculó, siguiendo la línea hacia atrás, desde el día en que se había cortado el pelo, o sea, el 6 de mayo. Cada sección de cinco milímetros representaba más o menos quince días en la vida del Corso. El dentista comparó las crestas y los valles de las gráficas de Smith con los síntomas y los periodos de recuperación que aparecían en su tira. Ambos registros coincidían perfectamente: las crestas de arsénico en el pelo con los conjuntos de síntomas agudos.

Mabel Brookes, escritora australiana, sobrina nieta de Betsy Balcombe, había leído el informe publicado en *Nature*. La señora Brookes poseía un mechón de cabellos de Napoleón que éste había regalado a Betsy durante la visita de despedida que la muchacha le hizo el 16 de marzo de 1818; envió a Glasgow una muestra de pelo.¹

El análisis de dos cabellos en tres secciones de un centímetro cada una demostró que tenía un contenido de arsénico que variaba entre 6.7 y 26 partes por millón. Como, según las *Memorias* de Betsy, ese pelo fue cortado el día de su última visita, debió de haber crecido en 1817 o a principios de 1818. Este dato permitió a Forshufvud descartar como sospechosos del asesinato a quienes llegaron a la isla después de esa época, y sobre todo al doctor Antommarchi, cuya llegada fue en 1819.

Napoleón comenzó a quejarse a O'Meara del dolor en el costado derecho, casi no tenía apetito y seguían hinchándosele las piernas, sobre todo al caer la noche.

Cuando la familia Balcombe visitó al emperador por esa época, Betsy describió la enfermedad de su amigo:

Era triste observar el deterioro y el cambio que había causado su aspecto. El color de su tez era el de la cera amarilla; sus mejillas se habían aflojado; estaban sus tobillos tan inflamados, que la carne colgaba de los zapatos. Era tal su debilidad, que sin apoyar su mano en alguna mesa, no podía tenerse en pie. Mi madre comentó, al salir, que la muerte estaba inscrita en cada uno de sus rasgos.

En febrero de 1818 se marchó de la isla Gaspard Gourgaud, el segundo de los cuatro oficiales que lo habrían de abandonar (Las Cases se había embarcado en 1816). Gourgaud se quejaba con Napoleón de que no tenía mujer, en tanto que Montholon y Bertrand sí. El

Corso le replicó "¡Bah! ¡Mujeres! ¡Si no pensáis en ellas, no las necesitáis!" Pero Gourgaud estaba convencido de que Albine de Montholon era la amante de Napoleón. En cierta ocasión sorprendió a Albine yendo a visitar en su alcoba al emperador, mientras éste no estaba vestido. Cuando Gourgaud comunicó el incidente al marido de Albine, Montholon respondió, tartamudeando: "No lo sé. No digo que no. . .". Gourgaud, pretextando mala salud, salió de Santa Elena.

Cierta noche durante la cena, Cipriani, el mesero, cayó repentinamente al suelo, retorciéndose de dolor. Murió días después. O'Meara explicó: "inflamación del vientre".

Poco después, Barry O'Meara, se marchó de la isla. Un año después salió Albine de Montholon, llevándose a los tres hijos de Montholon y dejando tras ella incógnitas que nunca serán despejadas: ¿fue amante de Napoleón, como lo sostuvo Gourgaud? ¿Era el emperador padre de Napoleón, la niña que ella dio a luz en la isla? . . . Cuando advirtió que Albine estaba decidida a embarcarse, Napoleón dio autorización a su marido para acompañarla, pero Montholon rehusó. En ausencia de su familia, Montholon surgió como la figura dominante del séquito, y nunca se le oyó proferir la más mínima queja.

Las *Memorias* que añadieron tantos detalles al relato de los últimos días de Napoleón no se publicaron sino hasta 1955, y las de Bertrand en 1949.⁴

Todo hace deducir que el método para administrar el arsénico consistía en mezclarlo en la comida o la bebida; el dispensero Pierron preparaba los alimentos, que servían los ayudados de cámara. El dispensero no podía saber qué porciones serían las del emperador. Los ayudados de cámara: Louis Marchand, Saint-Denis y Noverraz, no servían los alimentos con suficiente regularidad. Sólo Montholon y Marchand, los seguidores más fieles del desterrado, surgieron como los posibles sospechosos.

Toda su vida adulta, Louis Marchand había servido a Napoleón.

La madre de este funcionario había trabajado en el palacio imperial. Ni Marchand ni su familia tenían relación con los Borbones, entonces en el poder de Francia; era natural que siguiera a su emperador. Montholon pertenecía a la más rancia aristocracia. Era un oficial que no combatía. El Corso le había negado el ascenso, y también la autorización para casarse con Albine. Después lo destituyó cuando el noble se casó con ella. Al abdicar el vencido y partir al primer exilio a la isla de Elba, Montholon trató de ganarse el favor de los Borbones.⁴

El padraastro de Montholon, conde Sémonville, pertenecía al círculo del conde de Artois, hermano de Luis XVIII. A través de esa relación, sin duda, Montholon obtuvo el cargo de general. Unos cuantos meses antes de asumir sus funciones, se le acusó de haber robado 5 970 francos, delito muy grave; pero jamás fue castigado.

El dentista sueco estudió la conducta de Montholon en Santa Elena: no reaccionó con indignación ante las intimidaciones de Albina con Napoleón, aunque Gourgaud se las dijo para provocarlo. Nunca se quejó ni quiso salir de la isla. No había una sola explicación a tan extraña conducta: Montholon había sido enviado a Santa Elena con el único designio de matar al emperador. El hombre que dio esa orden era seguramente el conde de Artois. Este pudo muy bien haber dicho a Montholon que si no aceptaba esa misión lo sometería a proceso y lo enviaría a la cárcel por robo. Montholon era el copero mayor del emperador en Longwood; tenía la llave de la alacena en que se guardaba el vino. Sería muy sencillo para él echar arsénico en el barril mismo, antes de que embotellaran el vino. Además, sería un procedimiento seguro. La comida tendría que ser envenenada cada vez que se sirviera, pero una sola aplicación de veneno en el barril garantizaría que Napoleón resultara envenenado en los próximos meses.

A mediados de febrero de 1821 el emperador se sintió mejor, pero a fines de mes tuvo una recaída re-



entina. Antonmarchi informó: "tos seca, vómitos; sensación de ardor en los intestinos casi intolerable" (en el análisis del pelo se indicó una cresta del contenido del arsénico). El emperador tomó un vomitivo para combatir esos síntomas.

Los médicos de esa época esperaban que al provocar el vómito, se limpiara el cuerpo de las enfermedades. El tártaro emético es un compuesto de antimonio, sustancia que irrita la membrana mucosa y que con el tiempo inhibe el reflejo del vómito, y el estómago ya no se puede proteger.^{3,5}

Hamilton Smith analizó parte del pelo cortado después de la muerte del emperador, para determinar su contenido de antimonio. La concentración era relativamente grande. El análisis del cabello por tramos reveló que la concentración de antimonio variaba con el tiempo; esto probaba que con la medicación se debilitaba más el estómago del enfermo. A fines de abril, Napoleón decidió tomar jarabe de horchata, preparada con almendras dulces y amargas; esta combinación con el calomel se convertía en veneno mortal por su contenido de cianuro y mercurio. Los músculos volunta-

rios se paralizan; el enfermo pierde la vista y el oído. La dosis de calomel que se administró a Napoleón, diez granos (480 miligramos), sólo merece los calificativos de insensata o de heroica. Napoleón sufrió un colapso total. Estaba sumamente débil y no podía incorporarse. Sus evacuaciones se habían vuelto negras, síntoma de que su estómago estaba corroído y sangraba. Dos días después, a las 5:49 de la tarde del 5 de mayo, falleció.¹

En octubre de 1840 el rey Luis Felipe, presionado por los bonapartistas, accedió a trasladar los restos de Napoleón a Francia. Se invitó a todos los compañeros de cautiverio del emperador a acompañarlo hasta su última morada. Estuvieron presentes Bertrand, de 67 años, canoso y decrepito; Las Cases, de 80 años y ciego; Gourgaud siempre riñendo con todos; Louis Marchand, de mediana edad y de la alta burguesía. Los médicos, O'Meara y Antommarchi, ya habían muerto. Montholon no estaba allí, sino en la cárcel, acusado de traición. Moriría trece años después, sin decir una palabra acerca de su crimen.⁴

El cadáver de Napoleón no había sido embalsamado, lo habían sepultado en cuatro ataúdes, dos de ellos metálicos. Los testigos vieron, en lugar de un esqueleto, el cuerpo de Napoleón perfectamente conservado. Parecía dormir. Su rostro había cambiado menos que los que estaban presentes. La explicación: "el milagro", el destructor arsénico también evita que los tejidos se descompongan; los museos suelen emplearlo para conservar sus especímenes. El cuerpo de Napoleón era testigo de su asesinato.⁴

Bibliografía

- ¹ B. Weidner, D. Hapgood. *The murder of Napoleon*, Congdon and Lattes Inc., New York, 1982.
- ² S. Forshufvud, H. Smith and A. Wassén, *Nature*, London LTD, núm. 171, p. 223, 1961.
- ³ Goodman y Gilman, *Las bases farmacológicas de la terapéutica*, Ed. Panamericana, sexta edición, Buenos Aires, Argentina, 1982.
- ⁴ *Encyclopaedia Britannica Publishers Inc.*, México, Barza, pp. 125, 175, 1981.
- ⁵ L. Blas, *Química toxicológica moderna*, Editorial Aguilar, Madrid, 1955.